

Altenor Guerrero

Lección de Domingo Melfi

Cuando la muerte ejerce su dominio de ausencia y nos lleva los puros hombres que estimábamos, pero sin expresarlo, sentimos, como un relámpago de clarividencia y todo su valor se nos da, acaso porque esa misma muerte humaniza la herramienta perceptiva para recaer en las cualidades que ya no alumbrarán los caminos de la tierra con nuevas floraciones de lumbre. Resta en el corazón una estela que se hace cada vez más luminosa y la vida que fué se desbasta de las terrenales impurezas para surgir en la verdadera estatura que el espíritu alienta y que sus próximos no quieren o no pueden ver. Parece que la muerte purifica a los vivos y recobra en su instancia mejor a los que llegan a su ámbito con una ejecutoria de hombres integrales.

La muerte de Domingo Melfi— muerte de su carnadura—inicia al aprendizaje de su mito con el descubrimiento de algunas apreciables condiciones del escritor perfectamente compenetrado de su oficio sin olvidar aquellas que son la definición de un humanizado

destino del «homo bonus». La tarea de crítico literario hace difícil la ubicuidad en un plano equidistante de la pasión y la frialdad. Domingo Melfi supo encontrarse en el justo medio que quería la serenidad filosófica y esto, porque en su vida tuvo los encontrados factores que permiten la armonía luego de la disonancia. Venía de un país ardiente y apasionado, hijo del sol, y en donde la «vendetta» pone su rasgo de sentimiento escarlata. Fama es que los itálicos sean urgidos por un corazón vehemente, proclive a los ardimientos que llevan más allá del equilibrio que la razón impone. Su procedencia solar puso en su sangre la salud del amor que se vierte en una pánica fiesta de gratitud por la cosa, el hecho y, por sobre todo, el hombre, centro vital de toda sistemática. Pero esta corriente sanguínea de luz incandescente y vibrátil había de aquietarse en el lago tranquilo de la provincia de donde le viene aquella imponderable serenidad que hizo de su nombre seguro resguardo en contra de las intemperancias. De no estar dotado de una calidad espiritual a prueba de soledades e incomprendiones el aislamiento provincial hubiérale hundido en el silencio y la amargura. Qué terrible escuela del espíritu es la provincia. Náufrago es el escritor que vive en ella si no ha encontrado la tabla de salvación de su propia espiritualidad, conminada a reflejarse en los lejanos espejos que la distancia depara. Hay la disyuntiva de perecer o volcarse a los adentros en la búsqueda angustiada de las sales más hondas.

Julián Sorel salvóse porque tenía y mantenía aquel estrato de indeleble prosapia vocacional. Aunque el imperativo económico le llevara por senderos ajenos al cultivo de las letras, al fin éstas primarían y el escritor se sobrepone al medio social y económico. Porque, en nuestras landas se llega a ser escritor a pesar de todo. Nada hay que estimule la función de los creadores de la cultura. El inmenso caserón de la provincia serviría en el caso particular de Domingo Melfi, de diapasón que daría la tónica de su existencia literaria. Los factores anotados más una permanente lectura de los maestros franceses influyeron en su temperamento. No en vano elige como pseudónimo el nombre del personaje de «Le rouge et le noir». ¿Consciente lección para significar que compartía un estado de espíritu afín? Pero Melfi tenía de stendhaliano su amor por la vida fundamental y una displicente actitud, que era su tristeza de señor, por lo accesorio y aquello que no toca sustancialmente su destino humano. Podría afirmarse que cogió de Francia la difícil facilidad que en su estilo se revela como preciada conquista literaria. De su patria natal, un innato sentido de la música que da a sus períodos la suave cadencia de una sinfonía en la que no pudieran concebirse las disonancias ni la monotonía. En Chile, país escaso de estilistas, sorprende el mensaje de un escritor, aquende la capital, que fuera de decir cosas nuevas las diga con donaire y belleza.

El mensaje de Domingo Melfi está muy de cerca

conjugado con el que Lastarria nos dictara en el año 1842. Y esto que no parece nada nuevo lo es en virtud del amor serio a que induce la patria y la tierra por ver formas definitivas en el arte criollo o nacional y continental. Veamos qué dice en algunas consideraciones sobre la novela americana allá por el año 1932: «América no ha escapado a las influencias europeas y lo que los escritores de los países hispanoamericanos no pueden eludir, es condensar, en las creaciones literarias, con un arte limpio y vigoroso, nuestras transformaciones interiores, nuestros problemas y sobre todo el hombre nuestro, capaz de producir, en la creación novelesca, por su verdad y su fuerza, esa emoción humana que el lector de todas las tierras busca a través de los libros». Su temperado amor por el arte verdadero no podía olvidar jamás en su cátedra cordial en la que aconsejaba con la sonrisa en los labios el camino más corto para el encuentro del escritor—su vena y destino—sin olvidar indicarle las tendencias que un tiempo y un espacio exigían. Cuánta diferencia con los acartonados aristarcos que levantan su patrón ideal de literaturas extranjeras y pretenden imponerlo como *considerátum* para moros y cristianos. Importábale el caso individual del artista y luego por proposición, que no por imposición, la órbita general en la que debía desenvolverse. Indiscutiblemente que don Domingo Melfi levantó en Chile una bandera de dignidad para la crítica literaria. Dignidad conquistada con los fuegos de la justicia y la comprensión. Muy lejos estaba

su espíritu de la rigidez y el empaque académico, atributos que suelen hacer temidos a ciertos críticos, pero no respetados. Y no es que Domingo Melfi siempre hubiera entonado loas o gratificado con juicios generosos. En «Dos Hombres» se le escucha decir con su acento peculiar de serenidad acerca del gestor del movimiento del 42: «Con Lastarria, Chile ha sido injusto. Mientras que otros que hicieron menos en el orden intelectual, yerguen sus magras figuras en el bronce, la de este luchador aún espera la justicia de sus compatriotas. Lastarria encendió fieras pasiones con su paso airado y vehemente. No lo perdonaron. Y quizá es de los pocos que merezcan en verdad, la eternidad del mármol». No se trata, en realidad, de un hombre débil como muchos creen ver en la bondad de sincero cuño que alienta a ciertos espíritus, y que, ciertamente, no fué el caso de Domingo Melfi. Su bondad nacía de una real condición humana. Tampoco nos encontramos con el mesianismo de poner la otra mejilla porque nos pegaron en una. Al hablar de Portales en el libro ya citado, dice: «Portales recogió sin él quererlo la tradición de la encomienda que establecía un silencio forzado sobre el habitante del suelo. A Portales la tierra no le preocupó como el elemento generador de un orden social futuro a cubierto de luchas dolorosas». Fustigaba con el látigo de la justicia y la historia, aun cuando los fustigados fueran los poderosos.

Pero veamos un juicio de acierto sin igual y que, a pesar de los años transcurridos desde que se lo formu-

lara, conserva una actualidad viva. Expresa en «*Dictadura y Mansedumbre*»: «Chile es un país irónico y descontentadizo. Su burla es inmóvil y penetrante. Siempre quiere nivelar y desconocer los méritos. Su espíritu crítico es negativo; tiene mala memoria y su desconfianza cazurra hiela los mejores intentos. Hay por delante una tarea ineludible de afirmación, de saneamiento, de revaluación de las posibilidades y excelencias de que está llena nuestra raza». Como crítico de corazón bien puesto no sólo veía los defectos, sino que también las cualidades y son éstas las que le interesan fundamentalmente para restablecer la grandeza de su patria adoptiva y tan cara que resulta más chileno que los que han nacido en su suelo pero que viven mirando latitudes extranjeras. Hecho de amor está su mensaje y de amor constructivo porque buscó siempre, entre la balumba de males y malicias, al revisar nuestro pensamiento y nuestra literatura, aquello de positivo y valioso que pudiera servir para la historia y para la juventud de la cual fué un inestimable sostén espiritual.

Ahora que ha muerto, su ausencia irreparable nos permite volver los ojos sobre un hombre que había hecho de su carrera de escritor un altar de sagrada tarea creadora. Surgen sus atributos, nimbados con el aura de la responsabilidad, a preguntar, ¿qué será de nosotros si Domingo Melfi partió para siempre? Y es que las letras nacionales pierden un valor prematuramente cegado. Un valor que lo sentíamos dotado de todas las

excelencias que se requieren para juzgar la literatura pretérita y presente con la sagacidad, tino y ecuménico sentido de las proporciones que reveló siempre en sus escritos. La obra revisada, aquella que organizó en su tránsito vital, habrá de ser inamovible jalón de su paso por la historia literaria de Chile.

Pero aparte de su labor como escritor hay una actitud que fué la instancia y prestancia de su vida. Aquella serenidad que fluía de su espíritu como una luz natural y que lo envolvía en los rayos de una perfecta ubicuidad humana. Ciertamente que Domingo Melfi nos deja una lección: quienes le conocieron podrán aprenderla en letra viva, quienes lo leyeron y leerán sabrán madurarla mejor y durablemente. En el escritor y en su vida se dieron los dones, escasísimos dones, de la dignidad y ponderación literarias.